

Una carta inédita en español de Bataille a Kojève

A partir de mayo de 1926 Alexandre Kojève (que por ese entonces utilizaba todavía la forma rusa de su apellido, Kojevnikoff),¹ junto con quien será su primera mujer, Cécile Šoutak, se instala en París. En un primer momento en las cercanías del Quartier latin y luego, a partir de 1929, en la periferia parisina, en Boulogne-sur-Seine. También ese año, y al mismo lugar, se muda Georges Bataille. A partir de 1931-1932, ambos frecuentarán los cursos de Alexandre Koyré en la École Pratique des Hautes Études. La amistad entre ellos se remonta a esta época. En los registros de asistencia de la École Pratique, la presencia de Bataille en el célebre seminario de Kojève sobre la *Fenomenología del espíritu* está documentada a partir del primer año, 1933-1934, con la aclaración «auditor asiduo».

Desde el punto de vista de las ideas, la cuestión del fin de la historia fue el eje de la relación entre ambos. Como sabemos, ha sido en parte la discusión con Bataille acerca de la interpretación del escenario de la posthistoria y no sólo su viaje a Japón, lo que llevó a Kojève a introducir, en la segunda edición de la *Introduction à la lecture de Hegel*, la de 1968, una segunda nota, que modificaba su posición al respecto.² Por un lado, Estados Unidos deja de ser el país posthistórico; ahora este papel le es atribuido a Japón. Por otro, paralelamente, la satisfacción

1. El apellido original era Kožénikov, durante sus estudios en Alemania se había transformado en Koschewnikoff y a su llegada a Francia se convierte en Kojevnikoff. Finalmente, a partir de su naturalización francesa en 1937, adquiere su forma final, Kojève (Cf. Marco Filoni, *Il filosofo della domenica. La vita e il pensiero di Alexandre Kojève*, Bollati Boringhieri, Torino, 2008, p. 35, n. 3).

2. Cf. Alexandre Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*, Gallimard, Paris, 1979, pp. 436-437.

cede su lugar al esnobismo y, aunque más no sea en estos términos, reaparece la negatividad, que define según Kojève la humanidad del hombre y que, según la expresión de Bataille, se quedaba «sin empleo» en la primera nota.³ La introducción de esta segunda nota es el último episodio de la relación entre Kojève y Bataille en torno a esta problemática.

Dos cartas a Kojève, del 6 de diciembre de 1937 y del 8 de abril de 1952 respectivamente, pueden ser consideradas como los antecedentes, por parte de Bataille, de la nota agregada en la segunda edición de la *Introduction*.

La primera fue escrita dos días después de la conferencia de Kojève en el Collège de Sociologie, fundado entre otros por Bataille. Desafortunadamente, no disponemos de una versión escrita de la intervención de Kojève. La carta de Bataille, sin embargo, nos permite reconstruir algunos de los puntos en cuestión. Ella gira en torno a la idea de «negatividad sin empleo». Para Bataille, en efecto, aun cuando se admita que la historia ha terminado, no se puede sostener que la negatividad desaparezca completamente; al final de la historia, en todo caso, nos encontramos, precisamente, con una «negatividad sin empleo». Afirma Bataille:

Admito (como una suposición verosímil) que la historia ya esté acabada (excepto el epílogo). Pero me represento las cosas de manera diferente [...].

Si la acción (el «hacer») es, como dice Hegel, la negatividad; entonces, la cuestión que se plantea es saber si la negatividad del que no tiene «más nada que hacer» desaparece o subsiste en el estado de una «negatividad sin empleo». Personalmente, sólo puedo decidirme en un sentido, pues yo mismo soy exactamente esta «negatividad sin empleo» (no podría definirme de manera más precisa).⁴

La noción de esnobismo, que Kojève introduce en la segunda nota sobre el fin de la historia, es, en efecto, una manera de darle empleo a la negatividad posthistórica.

La segunda carta, de 1952, fue escrita por Bataille luego de la lectura de la reseña que Kojève escribió sobre tres novelas de Queneau, titulada «Les romans de la sagesse» y publicada en *Critique*.⁵ La comprensión de esta carta requiere de una precisa reconstrucción de su contexto, en particular del artículo de Kojève que resumimos brevemente aquí.

3. Acerca de las diferencias entre ambas notas, cf. Giorgio Agamben, *L'aperto. L'uomo e l'animale*, Bollati Boringhieri, Torino, 2002, pp. 12-20.

4. Denis Hollier, *Le Collège de Sociologie 1937-1939*, Gallimard, Paris, 1995, pp. 75-76.

5. «Les Romans de la sagesse» apareció en *Critique*, N° 60, marzo de 1952, pp. 387-397. Es incorrecta la referencia que aparece en la p. 443 de Georges Bataille, *Choix de lettres 1917-1962* (Gallimard, Paris, 1997), donde se publica por primera vez en francés la carta del 8 de abril de 1952, según la cual el artículo de Kojève apareció en *Critique* N° 54, de noviembre de 1951.

Los textos de Queneau que reseña Kojève son: *Pierrot mon ami* (París, 1942), *Loin de Rueil* (París, 1945) y *Le Dimanche de la vie* (París, 1952). A este último hace alusión Bataille en el *post-scriptum* de su carta. Tres novelas en torno a tres personajes: Pierrot, un proletario desinteresado por los gustos aristocráticos; el poeta de Rueil que alcanza la fama sin publicar nada, y Valentin Brû, el soldado antimilitarista que pasa sus días pensando en la nada que lo constituye. Si, en términos hegelianos, la sabiduría consiste en la satisfacción consciente de sí misma, estos tres personajes representan, para Kojève, las figuras complementarias de los sabios post-históricos. Se trata de personajes normales y modernos, descritos de manera farsesca y casi humorística. Vienen a reemplazar las figuras, barbudas y casi epilépticas, que se aíslan para hablar de argumentos supuestamente sublimes, con los que la literatura ha frecuentemente descrito el personaje del sabio. Y se oponen también a la idea, común en la cultura hindú, de una sabiduría concebida como satisfacción sin conciencia de sí.

A la satisfacción consciente de sí misma Bataille opondrá sus conceptos de *soberanía* y de *instante*. Ser soberano, para Bataille, es oponer el don, la pérdida, la fiesta, el erotismo y el juego a la moral del poder, de la economía, de la ganancia y del valor. Es oponer el presente evanescente, el instante, al futuro calculado. La Modernidad, para Bataille, puede ser vista como la época en la que el hombre deja de ser soberano. En un mundo que se ha vuelto mecánico y homogeneizado, ya no hay lugar para la inutilidad y la gratuidad que definen, desde su punto de vista, la *soberanía viviente*.

Tres observaciones finales, antes de la traducción de la carta de Bataille.

En primer lugar, queremos agradecer la amabilidad de la Sra. Nina Kousnetzoff, familiar de Kojève y heredera de sus derechos, por la generosa autorización para que esta carta sea publicada en español. Y también al Prof. Marco Filoni, responsable de los Fondos Kojève en la Bibliothèque Nationale de París, que nos brindó la transcripción de la misma.

En segundo lugar, debemos observar que es a esta misma carta a la que se refiere Giorgio Agamben en *Il linguaggio e la morte*, donde transcribe algunos de los párrafos más importantes. Curiosamente, Agamben la presenta como una carta de Kojève a Bataille.⁶

Por último, señalemos que entre los documentos disponibles, la carta de Kojève a Bataille del 5 de mayo de 1954, casi dos años más tarde, puede considerarse como una posible respuesta. Escribe allí, muy brevemente: «he pensado mucho en “sus”

6. Cf. Giorgio Agamben, *Il linguaggio e la morte*, Einaudi, Torino, 2008, pp. 64-66.

problemas: Soberanía – Silencio (No-Saber) – Amor. Alcancé algunos resultados que me han sorprendido y que parecen acercarse a los suyos (si exceptuamos la terminología). Un día tendremos que hablar».

Carta de Georges Bataille a Alexandre Kojève

Orleáns, 8 de abril de 1952.

Mí querido amigo:

Estoy muy de acuerdo con lo que dice. Como se dará cuenta, el terreno en el que se adentra es resbaladizo. De todos modos, me parece que sólo se adentra a medias al no sostener que la satisfacción de la que habla no es alcanzable. Siendo en definitiva una farsa, al menos en el sentido más perfecto, no tiene la buena educación de invitar a bailar epilépticamente a sus barbudos con los personajes de los que habla. A decir verdad, para que estuviera perfecto, sería necesario encontrar un tono indefinible, que no sea ni el de la farsa ni el del contrario. Y, para terminar, es evidente que las palabras salen sólo con una condición: carecer de importancia.

Creo, siempre, que minimiza el interés por las expresiones evasivas que emplea cuando desemboca en el fin de la historia. Por ello, su artículo me gusta tanto; es el modo más irrisorio de hablar de ello, es decir, en mi opinión, el menos evasivo.

Sólo que quizás va rápido cuando no le preocupa para nada terminar en una *sabiduría ridícula*. Habría que ver lo que hace coincidir la sabiduría con el objeto de risa.

Pero no creo que pueda personalmente evitar este problema último. En efecto, cuando llega a este punto, nunca le escuché decir nada que no sea expresa y voluntariamente cómico. Quizás por esta razón trató de hacer un lugar a mi propia sabiduría.

De todos modos, esto nos opone: usted habla de satisfacción y en su satisfacción quiere que haya de qué reír, pero no quiere que el principio mismo de satisfacción sea risible.

Esto abre, creo, las perspectivas donde desarrollo algunas preguntas *nuevas*, vinculadas con un problema que no es exactamente el de la satisfacción, sino el de la soberanía. Y no es sólo una diferencia de vocabulario porque: 1) la soberanía es más visiblemente inaccesible que la satisfacción; 2) la contradicción entre la soberanía y la lucha contra la naturaleza animal parece mal planteada desde el principio (ser humano es dejar de ser soberano); 3) el problema de la soberanía está históricamente vinculado (históricamente: sensiblemente) a *todas* las formas que el

hombre se da a sí mismo. Hace falta también considerar en términos más humanos: la risa, el erotismo, el combate, el lujo. Con otras palabras, planteando la soberanía del sabio al final de la historia y no su satisfacción, la historia está presente toda entera —concretamente— en el fin de la historia; y la identidad de la insatisfacción y de la satisfacción se vuelve *sensible* (en esta perspectiva, los problemas del pasado parecen mal planteados, subordinados a un resultado que parecía posible y el problema último suprime los otros que son el de un retorno al instante; lo que implica el fracaso, en última instancia, de toda búsqueda subordinada).

Creo en particular que cuando cuestiona al asceta de la India, se olvida de que su actitud exige una confrontación. La pregunta que se plantea *al final* no tiene respuesta a menos que ambas satisfacciones imaginables (la del asceta y la suya —o la de Queneau) muestren la naturaleza del instante para el hombre; que es, al mismo tiempo que su único cumplimiento posible, su aniquilamiento como conciencia. Lo que no impide que formulando la sabiduría del final de la historia por medio de imágenes, tomadas en préstamo a Queneau, me da la impresión, como espectador, de estar forzándome por sus últimos atrincheramientos y de haber ocupado la posición donde puede escapar de la *culpabilidad* que define la única inocencia posible: la del instante.

Me gustaría reconocer, sin duda, que el *Homo quenelleusis* está *mucho* más cercano... Y ¡sin embargo!, ¿lo estaría sin la conciencia del aniquilamiento de los barbudos? En el fondo, ¿podría reconocer que ambos fracasan justamente por el hecho de que no van hasta el final sino en la medida en que se alejan de la conciencia, donde encuentran una inocencia que sólo hace soportable la *satisfacción*, pero se escapa en el mismo momento?

A propósito de satisfacción, algo me molesta de su artículo. No se puede decir en francés satisfacción *consigo* mismo [*avec soi-même*]. En algunos casos, pude sustituir *con* [*avec*] por *de* [*de*]; en otros, no era posible, especialmente la primera vez. Pues daba la idea de una satisfacción vanidosa. No pude resolver el problema antes de enviar el artículo a la imprenta anoche. Pero, sin querer modificar en nada su estilo, creo que sería mejor suprimir las incorrecciones.

Con toda mi amistad.

Georges Bataille

P. S. Leí el final del *Dimanche* que no conocía. Una pena que su artículo tenga un poco demasiado de esta literatura provocante y poco inteligible que denuncia tan bien.

Diane, que lo saluda, me dice que esta carta es desagradable. Espero que se equivoque, pues si es así, me expreso torpemente.